

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 5 rs.—Trimestre 14.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 14 de Julio.

El Eco de Cartagena

LAS DOS IDEAS.

Cuando murió Fernando VII, el rey mas deseado y el menos llorado que cuenta nuestra España, Zea Bermudez, que fué llamado al ministerio para que desempeñara la imposible misión de sostener el trono de Doña Isabel II sin descontentar á los absolutistas y sin repeler á los liberales, inventó la fórmula del despotismo ilustrado. Para los partidarios de D. Carlos, sobraba lo de ilustrado, y para los liberales, sobraba el despotismo.

Se pudo ver desde el primer momento que era necesario que el gobierno encarrilase su marcha por distinto camino si quería levantar una bandera á cuyo alrededor se agrupasen cuantos llorasen lágrimas de sangre sobre las ruinas que habia acumulado el desacertado y despótico gobierno de Fernando VII. Los partidarios del absolutismo no dieron oídos á las promesas de Zea Bermudez, pero los amantes de la libertad comprendieron que el porvenir les pertenecía y se agruparon alrededor de la régia cuna en la cual habia la de la libertad española, y contra el pendon del absolutismo se enarboló el de la libertad. Los carlistas escribieron en su bandera los lemas de Dios, Patria y Rey. No hay quien haya hecho mas daño á la religión que los carlistas, ni quien haya sido mas enemigo de su patria y del principio monárquico. Ellos, cegados por el fanatismo, no tuvieron en cuenta que la religión del Crucificado lo es de paz, y convirtiéndose en feroces sectarios, batallaron como si la media luna fuera su enseña. Ellos fueron los primeros que olvidando que España es eminentemente católica, se esforzaron en rechazar á los liberales como réprobos. Ellos fueron los que les apellidaron negros y hereges. Ellos, en una palabra, los que mezclaron sa-

crilegamente con la cuestión política la cuestión religiosa, y los que dieron pie á que ciertos hombres que pertenecían al partido liberal les imitaran lastimosamente, no sabiendo distinguir la religión de ciertos fanáticos. Ellos fueron los que desgarraron la patria, amontonaron sobre ella ruinas, hicieron correr la sangre á mares y cegaron las fuentes de producción. Ellos fueron los que no pudieron comprender que la Europa moderna no quería ya ser gobernada por reyes absolutos, y que por lo tanto, los principes, para continuar en sus tronos, tenían necesidad de compartir sus derechos con el pueblo y de dar garantías al ciudadano.

Con las teorías de los carlistas, el principio monárquico era absolutamente imposible en España. Hé aquí por qué decimos que no ha habido quien hiciera tanto daño á la religión, á su patria y al principio monárquico, como los partidarios del absolutismo durante la guerra de los siete años. Estalló la lucha civil y el carácter que tomó fué espantoso. Hubo una explosión de odios, amontonados desde la entrada de Fernando VII en España; odios de absolutistas y de liberales. Estos no habian olvidado las persecuciones de que habian sido víctimas y la sangre que habia corrido en los cadalsos.

No queremos recordar, porque el ánimo se conturba, aquellas escenas terribles que tuvieron lugar así en el campo liberal como en el carlista; pero hay que confesar que las pasiones se calmaron mas pronto en el primero que en el segundo, y que los liberales nunca cometieron á sangre fría esos excesos que tienen el nombre de crímenes y que deshonran al partido que los lleva á cabo, haciéndole blanco del desprecio de las almas honradas y de la execración del mundo civilizado.

Al hallarse frente á frente las dos ideas, los partidarios de cada una obraron segun sus principios. Confiados los liberales en la victoria y enardecidos por la idea que les llevaba al combate, peleaban á cuerpo

descubierto, seguros del apoyo que en todas partes habian de hallar, mientras que el carlismo refugiándose en los inaccesibles riscos donde la civilización no habia podido penetrar, se creia seguro y se atrevia á hacer frente á sus contrarios. Hoy la guerra presenta el mismo carácter; y hoy, por desgracia, se renuevan aquellos días de sangre y desolación. Empero, ningún exceso ha manchado la causa de los liberales, quienes no en vano han pasado por tantos años de pruebas y han vivido durante tanto tiempo la vida de la libertad.

Para nosotros, los prisioneros han sido sagrados; para nosotros la magnanimidad y el olvido han sido ideas á las cuales constantemente hemos rendido culto, porque sabiamos que la Europa civilizada nos contemplaba y que teniamos la obligación de demostrar la diferencia que media de los hombres que quieren tener asiento en el concierto de las naciones cultas, á los que sueñan hacer de su patria una nación excepcional, que solo pueda ser citada con escarnio por los gobiernos de los demás países. Hoy, como en la pasada guerra civil, los liberales á pecho descubierto han salido en busca de los carlistas; hoy, como entonces, estos solo en sus guaridas, solo en sus montañas se han atrevido á hacer frente á los ejércitos de la libertad, contra quienes oponen, no los cuerpos de sus fanáticos partidarios, sino las piedras de sus inaccesibles riscos.

¿Qué hechos cuentan los liberales que pueda ser citado como prueba de olvido de los principios humanitarios que tienden á hacer la guerra menos cruel y sangrienta? En cambio son innumerables los que han cometido los carlistas, cuya vergüenza pesa sobre nuestra patria, porque en último resultado tambien son españoles. Recientemente Dorregaray, en el Centro, sin novedad alguna, ha destruido vagones, locomotoras, trenes de mercancías, llevando á cabo la destrucción con tales detalles que revelan los instintos que animan á los carlistas. Estos excesos patentizan la diferencia que media entre

una y otra idea y ponen de relieve cuán distintas son las que animan á los partidarios de uno y otro principio. Nosotros no hemos de arrepentirnos jamás de nuestra conducta porque con ella, tanto como con las armas, acabamos para siempre con el carlismo. Una vez la guerra civil haya terminado favorablemente á la causa de la libertad, ¿con qué derecho se atreverán los carlistas á mentar siquiera sus principios? ¿Cómo podrán penir, no á España, á las naciones europeas, que olviden todas las atrocidades y todos los crímenes que han cometido? ¿Cómo podrán obtener las simpatías de ninguna persona civilizada y de noble corazón? Su conducta en esta guerra ha de ser para ellos losa de plomo; y por grandes que sean sus esfuerzos para levantarla, no podrán lograrlo, porque para evitarlo les bastará á los liberales escribir sobre ella la historia del carlismo durante la lucha civil que nos asola y que nos deshonra.

Correo general.

Madrid 12 de Julio de 1875

Dice el «Diario Español»:

«Nos consta que no hay nada acordado acerca del viaje de S. M. el rey á San Ildefonso; nos atenemos á creer que si S. M. sale de Madrid irá á Santander á tomar algunos baños de mar pasando despues á San Sebastian para revistar la escuadra y las tropas del ejército del Norte.»

Hoy se han recibido despachos de Berlin desmintiendo terminantemente la noticia de haber ocurrido algunos casos de cólera en aquella capital.

No falta quien atribuya á Dorregaray el propósito de ir á aumentar las huestes carlistas del Norte con los refuerzos que ha salvado en el Centro y los de Cataluña, pero no parece que sea esa su dirección, ni es de creer que le siguieran los valencianos, aragoneses y catalanes que nunca han querido abandonar su territorio ni pueden avenirse con los vas-